

ROSA H. YÁÑEZ ROSALES, *Rostró, palabra y memoria indígenas. El Occidente de México: 1524-1816*, (Colección "Historia de los Pueblos Indígenas de México"), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social - Instituto Nacional Indigenista, 2001, 336 pp.

---

**E**ste libro de Rosa Yáñez aborda el ambicioso desafío de abarcar casi tres siglos de historia en vastas regiones, expone su asunto con orden, incluye abundante material gráfico, documentos originales pertinentes y muy bienvenidos mapas, siguiendo el buen criterio de que los hombres y los procesos históricos existen siempre en un espacio. Tiene asimismo una presentación editorial muy apropiada para un público tan amplio como el que ha encontrado la colección "Historia de los pueblos indígenas de México", resultado del encomiable esfuerzo editorial de Teresa Rojas Rabiela y Mario H. Ruz.

Es ésta la primera obra de síntesis sobre la historia indígena de lo que convencionalmente llamamos Occidente. La autora reúne, comenta y en ocasiones corrige muchos trabajos que por haber sido publicados en semiclandestinas ediciones universitarias o en casi esotéricas revistas científicas son punto menos que desconocidos o inconseguibles para el común de los lectores. Así, enlaza y proporciona una visión de conjunto sobre grupos indígenas del mayor interés tanto por sí mismos como por las repercusiones que su historia particular tuvo en el origen, conformación y desarrollo de esta región.

Aún más, en la medida que el "Occidente" ha sido históricamente uno de los grandes centros nucleares en el que se reúnen y anudan los tributos, las vías comerciales, las ideas, los conflictos y las rupturas, lo que este libro nos narra tiene grandes repercusiones para Michoacán, para Guanajuato o incluso para la Nueva España en su conjunto. Son éstas, historias inevitablemente entrelazadas, que se explican mutuamente.

---

Lo cual nos lleva al asunto de la delimitación geográfica. En principio, diríase que si el tema son los indígenas, tendrían que ser sus peculiaridades, sus relaciones recíprocas o sus circuitos migratorios los que deberían delimitar el espacio de este libro. Postular rasgos culturales comunes en el pasado mesoamericano para estos muy numerosos y heterogéneos grupos indígenas es una empresa que por ahora, y a reserva de lo que nos digan los arqueólogos, parece bastante aventurada. Y para la época colonial temprana, desde luego, los cocas o tecuexes no sabían que eran “occidentales” y sospecho que aunque se les hubiera explicado que a su oriente había grupos de otomíes o de pames, esto les habría tenido sin cuidado.

La confusión se hace mayor con lo que podríamos denominar un imperialismo historiográfico retrospectivo. Occidente tiene como centro reconocido a lo que hoy es Jalisco, un ámbito jurisdiccional que por varias razones ha sufrido a lo largo de su historia una serie de recortes territoriales. En compensación, existe entre algunos historiadores tapatíos una tendencia a incorporar regiones muy diversas y a veces muy lejanas dentro de la historia jalisciense. Hay en este libro un excelente ejemplo (pág. 93) en un mapa donde el territorio de la Audiencia de Guadalajara se extiende en términos magníficos desde el Pacífico hasta el Golfo de México y desde los límites del presente Estado de Michoacán hasta una frontera norte que, anacrónicamente, sigue los lindes modernos de la frontera con los Estados Unidos.

La autora se refiere a varias posibilidades que se han presentado para la delimitación del Occidente, y su opción final abarca Jalisco, Nayarit, Aguascalientes y el sur de Zacatecas, “principalmente”. Esto nos remite inevitablemente a las jurisdicciones civiles y eclesiásticas coloniales: el reino de la Nueva Galicia y el Obispado de Guadalajara. Esto podría quizá parecer incongruente para el lector con espíritu crítico, porque en realidad no tiene una directa relación con las culturas indígenas. Sin embargo, aun las jurisdicciones arbitrariamente creadas acaban por tener su propia realidad. En la medida que el gobierno, la tributación y la evangelización respondían a un centro común, existe

una reconocible tendencia a crear espacios culturales correlativos. Es notable cómo la muy comentada rebelión del Mixton en 1540 sigue en términos generales el recientemente creado espacio jurisdiccional español, y su principal objetivo compartido fue la captura y destrucción del nuevo centro político y religioso establecido en Guadalajara.

Al final de la obra, sin embargo, es posible que el lector concluya que no existe algo que pueda denominarse como un “Occidente” indígena novohispano. La sociedad india de los pueblos sujetos a la influencia inmediata del gran centro urbano de Guadalajara tiene una conformación que a grandes rasgos es similar a la de otras regiones del altiplano central, con sus repúblicas, cofradías y pleitos con las haciendas; mientras, la serranía de Nayarit, el sur de Sinaloa y Durango tienen una historia misional, de frontera y de dominio tardío e inestable. Pero desde luego otras conclusiones son posibles, y este tema sin duda seguirá siendo materia de discusión.

Después de la parte introductoria dedicada a cuestiones de delimitación y descripción del escenario natural, la obra está dividida en seis grandes apartados. El primero es, previsiblemente, el relacionado con las primeras aproximaciones españolas, la expedición de Nuño de Guzmán y la rebelión del Mixton. Es una sección ordenada, muy clara, pero que no aporta mayores novedades a lo que en su momento escribieron Pérez Bustamante en su estudio sobre el virrey Mendoza, López-Portillo y Weber en su magna obra sobre dicha sublevación, y, más recientemente, Beatriz Rojas y Miguel León Portilla.

La segunda sección tiene que ver con el establecimiento de las instituciones coloniales, esto es, la Audiencia neogallega, el clero secular y las órdenes religiosas, la instauración de las encomiendas, la fundación de presidios en la frontera chichimeca y de pueblos de españoles e indios. La tercera abarca lo que la autora llama “la reorganización de la población” con lo que se refiere al establecimiento de las “repúblicas” de indios, la vida política de los pueblos, las congregaciones y la evolución demográfica. El fundamento se extrae aquí de obras más recientes, como las de Peter Gerhard, Woodrow

Borah, John H. Parry, Román Gutiérrez y Robert Shadow. De este panorama historiográfico parece evidente que la etapa que podríamos llamar fundacional ha sido cubierta de una manera bastante satisfactoria. En cambio, todo lo que tiene que ver con la "rutina colonial", y en particular con la organización y vida cotidiana de los pueblos, resulta menos completa. La narración pasa bruscamente de un "siglo de la conquista" cubierto de manera muy amplia hasta un siglo XVIII donde los trabajos de Eric Van Young permiten nuevamente un sólido punto de apoyo. El extenso intermedio (excepto en las cuestiones demográficas consideradas por Thomas Calvo) resulta todavía poco claro. No es, desde luego, un problema exclusivo de la historiografía neogallega; una visión excesivamente inclinada hacia los grandes personajes y notables acontecimientos ha frecuentemente resultado en la marginación de un periodo intermedio que, en la historia indígena, resulta fundamental para comprender su desarrollo posterior.

El relato se eleva a niveles elocuentes cuando arriba en la cuarta sección a las respuestas indígenas ante el orden colonial. Aunque se titula "Rebelión, resistencia y adaptación", el énfasis se coloca en las múltiples sublevaciones ocurridas entre los coras y huicholes, entre los tepehuanes y otros grupos, así como en las situaciones de heterodoxia religiosa. Las razones de esta tenaz resistencia las ubica Yáñez en "una beligerancia constante ante distintas situaciones de opresión y de expropiación de terrenos y de bienes materiales, tales como el exceso de cobros, bien por parte de la Corona, bien por parte de la Iglesia" (pág. 168). Con buenas razones, señala que en la zona central de la Nueva Galicia los indígenas básicamente pedían un trato más equitativo, mientras en la sierra los coras y tepehuanes pretendían (citando a Robert Shadow) "rechazar la imposición del yugo imperialista". La explicación de estas conmociones (y de la ausencia de ellas en otras regiones y grupos étnicos) no va mucho más allá.

La quinta sección rompe con el orden cronológico de la obra y se dedica a los pueblos de indios, las haciendas, cuestiones de la tierra, cultivos y ganado. Nuevamente, el énfasis se coloca en la "beligerancia

constante” de los indígenas, en la defensa de la posesión de tierras, aguas y bosques que se hace más enconada y frecuente a raíz de los cambios socioeconómicos que advienen a fines del siglo XVIII. En cierto modo, este argumento se prolonga en el último capítulo destinado a “Reformas y reemplazo de autoridades. La lucha insurgente”. Yáñez se ocupa de las peticiones elevadas por los indígenas ante las autoridades clasificándolas en “de apoyo” y “de lucha y resistencia”. Las primeras no son otras que testamentos, solicitudes de mercedes de tierras y licencias para crianza de ganado. Las segundas abarcan litigios movidos sobre posesión de tierras, de recursos naturales en general, o sobre pago del tributo. Esta narración y reflexiones desembocan en la reconstrucción y comentario de los movimientos con tintes milenaristas encabezados por el cora Manuel Doye en 1758, el quizás inexistente “indio Mariano” en 1801, y la participación indígena en la revolución de independencia. La autora atribuye esta movilización a la presión ejercida por los hacendados sobre las tierras de los pueblos y a las relaciones personales que presumiblemente tuvieron los gobernadores y alcaldes indígenas con los clérigos insurgentes.

En conjunto, este ordenado e inteligente ejercicio de compilación y crítica tiene una tensión argumental que es, por otro lado, característica de toda la historiografía indígena. Por un lado, lo que es evidente y explícito en muchos documentos es la integración al orden colonial, la adopción de muchos elementos institucionales (cofradías, “repúblicas”, hospitales) y particularmente la adopción de la religión cristiana. Incluso muchas de las movilizaciones indígenas en defensa de sus tierras y recursos se realizan dentro del marco jurídico previsto por las leyes y se rodean de menciones explícitas de su lealtad al rey y devoción a la verdadera fe. Según se vea, las quejas ante los tribunales españoles pueden considerarse como una forma de resistencia étnica o bien como una prueba de su asimilación al orden colonial. Yáñez se maneja con tiento en este delicado terreno y prefiere dejar abierta la cuestión como se aprecia (pág. 131) cuando dice que “El hecho de que el indígena haya tomado un papel activo

frente a la nueva legislación y aprovechado distintas disposiciones para resistir no debe interpretarse necesariamente como una hispanización, aunque es indudable que tal proceso ocurrió entre algunos grupos. Puede interpretarse también como una toma de posición, una forma de seguir resistiendo...”.

Esta tensión no es, por otro lado, exclusiva de este libro. Esta excelente colección de “Historia indígena de México” puede leerse con provecho tanto como monografías particulares o como una especie de diálogo colectivo en el que distintos autores discuten las complejas y ambiguas situaciones que resultan de la convivencia de lo explícito y lo implícito, del catolicismo y la “idolatría”, de la resistencia y la asimilación.

En resumen, el lector interesado en la historia neogallega encontrará en este libro de Rosa Yáñez una exacta reconstrucción y una cuidadosa interpretación, que por otro lado resultará de gran interés para aquellos estudiosos dedicados al análisis de los grandes temas subyacentes en la historiografía de asunto indígena.

**Felipe Castro Gutiérrez**  
Instituto de Investigaciones Históricas de la  
Universidad Nacional Autónoma de México

